

hacia Dios; y como amorosa atracción de todos nuestros pensamientos, sentimientos y obras hacia la verdadera y definitiva vida para la que estamos hechos: la bienaventuranza”.

Creo... Meditando sobre fe e Iglesia con Santa Hildegarda de Bingen no sólo nos hace conocer a la más reciente doctora de la Iglesia y su tiempo, sino lo que es más importante nos ayuda a entrar y permanecer, como Iglesia del siglo XXI, en el Misterio del Amor Trinitario, para poder anunciarlo con alegría.

PEDRO EDMUNDO GÓMEZ

OLEGARIO GONZÁLEZ DE CARDE-
DAL, *Cristianismo y mística. Santa Teresa de Jesús y Juan de la Cruz*, Buenos Aires, EDUCA, 2013², 419 pp.

Este libro llega portando en sí dos signos y su propia realidad. Los dos signos son: 1) que el autor de un libro de mística es un teólogo; 2) que el libro se haya editado en Buenos Aires.

Sobre mística escriben los historiadores, filólogos, médicos, músicos, biólogos, espirituales,

filósofos. Basta ver los participantes de algún congreso o coloquio sobre el tema para darse cuenta de lo variados que pueden ser los ponentes y oyentes. Rara vez se ven teólogos en estos encuentros. Rara vez, también, se consigue un libro sobre mística escrito por un teólogo. Que este teólogo sea uno de los más grandes en lengua española, y que haya obtenido el Premio Ratzinger 2011 por su trayectoria y publicaciones, le da un interesante plus a este libro. El problema es que “se contrapuso la mística a la dogmática, a la moral y a la ascética, convirtiéndola en un territorio autónomo. El resultado fue la tecnificación de las otras materias, dejándolas sin savia teológica y la perversión psicologizante de una experiencia, que es fruto de la gracia divina” (387). Por eso este libro viene felizmente a subsanar una lejanía y un hiato injustos e indebidos, por un lado, y una herida y un dolor inexplicables e innecesarios por otro.

Que el libro se haya editado en Buenos Aires es una feliz concordancia: el mismo es uno de los frutos de unas conferencias que don Olegario dio en la Pontificia Universidad Católica Argentina, los días 9 y 10 de mayo de 2011, bajo el título: “Los místicos abu-

lenses: Teresa de Jesús y Juan de la Cruz. Experiencia y palabra”, en el marco del proyecto “Miradas del Bicentenario: Hispanoamérica y España, caminos de ida y vuelta”, organizado por la Comisión Bicentenario Patrio (2010-2016). La “insistencia y cariñoso empeño de los oyentes” (18) logró que don Olegario pusiera en texto escrito su palabra hablada, y el resultado es este libro que nos ocupa. Se trata del primer libro que González de Cardedal edita, en su versión original, fuera de España. Que lo haya hecho en Argentina, país al que él mismo se siente vinculado por origen y por afectos es, a la vez, un honor y una tarea, ya que abre vías para recorrer en el futuro.

El objetivo del libro es “colaborar a iluminar la entraña del cristianismo, mostrando cómo él debe mantener en alto a la vez la palabra y revelación de Dios, que suscitan la audición y obediencia del hombre, de las cuales nace la intelección, experiencia y acción nuevas”. Que González de Cardedal se refiera así al objetivo de este, su libro, con esas palabras es sintomático: *La entraña del cristianismo* (Secretariado Trinitario, Salamanca, 1997; hoy ya por su 3º edición) es su libro más querido y todo un programa de su andadura te-

ológica, que quedará como médula de su legado a las generaciones venideras. De modo que con esta nueva publicación, el autor parece señalar una continuidad con aquella obra, con otro estilo y lenguaje, esta vez desde la perspectiva de la mística: de la experiencia personal e histórica que los creyentes han tenido de esas entrañas de Dios en Cristo que fundan el cristianismo, y que encarnan en una cristiandad histórica y una cristianía como raíz personal de la experiencia.

Proponemos aquí un recorrido del libro con estos andares:

Un bloque fundamental, con capítulos sobre Jesucristo y el Nuevo Testamento.

Un bloque histórico, con capítulos sobre la historia occidental y el último siglo.

Un bloque hermenéutico, con capítulos con los criterios de la mística cristiana y una bibliografía.

Un bloque personal, de testigos, con sendos capítulos sobre Teresa y Juan.

Primer bloque, raíz y fundamento

El primer capítulo dirige su mirada a Jesucristo, “lugar concreto de la historia humana en la que un fragmento de lo nuestro ha

mostrado al todo de Dios, a Dios como nuestro Todo haciéndose pequeño, próximo y prójimo a nosotros, y desde dentro haciéndonos partícipes de su condición de Hijo” (13-14). Él es “el enclave de cualquier mística que quiera considerarse cristiana” (14).

El segundo capítulo lo ocupa la cuestión del Nuevo Testamento y la mística, con dos grandes testigos: Juan y Pablo. Allí se discierne y se matiza el problema que se plantea: ¿hay mística en el NT? “En este emplazamiento de conciencia histórica ante todo hay que volver la mirada a los orígenes y a la originalidad propia del cristianismo: a la figura de Jesús y a los dos grandes testigos teólogos: Juan y Pablo” (388).

Segundo bloque, histórico y heurístico

El tercer capítulo atraviesa la historia de la mística en occidente, con particular acento en los siglos XVI y XVII: “hay que volver a proferir los nombres señeros de la patrística (san Ignacio de Antioquía, san Basilio, san Gregorio de Nisa, Evagrius, Macario el grande, Juan Clímaco, Juan Clímaco, Máximo el Confesor, Pseudodionisio); de la patrística latina (san Jerónimo, san

Ambrosio, san Agustín, Juan Casiano); de los maestros del monaquismo medieval (san Anselmo, san Bernardo, Guillermo de san Teodorico, Hugo y Ricardo de san Víctor); de la mística franciscana (san Francisco, san Buenaventura, Margarita de Cortona, Ángela de Foligno); de la mística de las mujeres medievales (Hedewijch de Amberes, Matilde de Magdeburgo, Margarita Porete, Hildegarda de Bingen, Matilde de Hackeborn, Gertrudis de Helfta, Catalina de Siena); de los místicos de la escuela dominicana (Eckhart, Suso, Tauler); de los espirituales ingleses (Richard Rolle, Walter Hilton, *La nube del no saber*, Juliana de Norwich) y otros (Ruysbroeck). A ellos habría que añadir los exponentes de la mística bizantina, los místicos rusos modernos y las figuras espirituales del cristianismo no católico” (16-17); aunque de todos estos últimos el autor no se ocupa en este libro.

El cuarto capítulo se ocupa del hoy, “nuestros días, en los que una especie de nueva invasión mística nos envuelve. En ella se mezclan las más bellas ansias del espíritu, la búsqueda de Dios y la abertura al Misterio con actitudes e ideas que poco o nada tiene que ver con el

cristianismo” (15). El autor, oscilando entre la ponderación de este resurgimiento y la crítica de las ambigüedades presentes en él, no deja de destilar una cierta desconfianza por este fenómeno de nuestro tiempo: “La actualidad de la mística es un fenómeno tejido de ambigüedad y promesa. Hay que colaborar a su decantación, viendo en ella una oportunidad para orientar a los hombres hacia Dios, como Verdad, Amor y Belleza, a la vez que mostrar los precipicios a los que puede conducir la pasión por el abismo que sufre el hombre. Abismo que le puede cerrar en sí mismo para la soledad y la nada o puede convertirse en un clamor hacia el abismo de Dios” (391).

Tercer bloque: hermenéutico y ponderativo

En el quinto capítulo el autor propone trece criterios de la mística cristiana. Como señala el autor, hay diversas perspectivas desde las que se puede estudiar y ponderar la mística: fenomenología, filosofía, psicología, historia, sociología, psicoanálisis, filología. González de Cardedal opta por la perspectiva teológica e histórica y desde allí articula estos criterios que sintetizan lo anterior, en un sentido, y

que abren caminos hacia el futuro, al modo de tesis teológicas.

En el sexto capítulo el autor enumera una cantidad de libros fundamentales en el redescubrimiento de la mística, entre los años 1893 y 2012. Este elenco aparece en orden cronológico y, por supuesto, no es exhaustivo (la bibliografía es inabarcable). Como hemos dicho más arriba en esta reseña, se extrañan obras de teólogos “puros y duros”, no porque el autor falle en su enumeración, sino porque el tema todavía no ha atraído la atención de ellos.

Cuarto bloque: personal, testimonial

En los capítulos séptimo, octavo y noveno, se despliega la figura de santa Teresa de Jesús y en los capítulos décimo y undécimo la de san Juan de la Cruz.

¿Por qué estos dos místicos? En palabras del autor, porque “en cualquier orden de creación hay que mirar no a los principiantes o a las figuras secundarias sino a las cimas, tanto en poesía como en música, en pintura como en mística” (16). A lo que añade: “Si hemos elegido estos dos, es porque ambos reúnen en su diversidad lo más esencial y decantado de la expresión cris-

tiana de la mística. Diversos, digo, porque Teresa es mujer y de ciudad, procedente de la burguesía naciente, con apoyo familiar, cultura y voluntad de protagonismo. Juan de la Cruz, en cambio, es huérfano, pobre, de campo, y con voluntad eremítica” (389). Nosotros añadiríamos una tercera razón del porqué de esta elección: porque quien escribe el libro es de tierras castellanas, abulense, y comparte tierra, historia, lengua, horizonte, suelo y cielo con Teresa y Juan: habla desde una empatía y conaturalidad que vienen de ese convivir cuerpo a cuerpo con las obras literarias y humanas de estas dos cumbres de la espiritualidad cristiana, y ha nacido del *humus* de ella, como hombre, como cristiano y como teólogo.

Terminamos con una cita del autor: “Eso son los místicos: cataratas humanas que, dando testimonio con sus escritos de la sobria ebriedad que ellos han gustado, nos invitan a los mortales a allegarnos al torrente de la vida divina. Al dejarse iluminar y transformar por ella, han llevado hasta el límite la lengua de los hombres, que tiene así en esas palabras de Dios y sobre Dios la medida y meta de sus posibilidades” (391).

JUAN QUELAS

HILDEGARDA DE BINGEN, *El libro de los merecimientos de la vida*, Introducción, traducción y notas de Azucena Adelina Fraboschi, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2011, 448 p.

Nunca más oportuna la aparición de este libro de Hildegarda de Bingen OSB, (1098-1179) porque al Papa Benedicto XVI debemos el empuje que han recibido la obra y la persona de la abadesa renana. Ya en 2010, los días primero y ocho de septiembre le dedicó dos catequesis de los miércoles consagrados a los santos Padres, destacando sus eximias condiciones de santidad y sabiduría como mujer, monja, abadesa, mística visionaria, artista, además de sus dotes políticas con las que defendió al Papa frente al emperador, es decir, por el tacto y la firmeza con que se manejó entre las dos espadas: la del poder temporal y la del espiritual.

El diez de mayo de 2012 Benedicto ha hecho más por Hildegarda: una “canonización equivalente” así denominada porque se extiende su culto público –con el rezo del Oficio y la celebración de la Misa en algún día particular– a la Iglesia universal sin proceso jurídico previo (condición establecida por el papa Urbano